

# NOTAS

## La disputa de griegos y romanos en el folklore

JOSÉ FRADEJAS LEBRERO

Cuando don Julio Cejador (1913) suponía que el episodio del Arcipreste de Hita (Est. 46-64) procedía de un cuento, es posible que tuviera presente la afirmación de don Julio Puyol (1906): «Este cuento que con alguna variante hemos oído en tierra de León» que en 1941 amplía así M. R. Lida: «la historia, que aún hoy se cuenta en León, en Navarra y entre nosotros, en las provincias de San Luis y Catamarca» (Lida 1941: 50), y continúa en otro lugar: «recogida este año [¿1941?] en la provincia de San Luis [localidad El Durazno] por la distinguida folklorista argentina, señora Berta Elena Vidal de Battini» (Lida 1976: 42-43).

Pero da la casualidad de que el cuento leonés y el navarro no han aparecido, aunque sí otros que han llamado nuestra atención.

Ese, hasta ahora, hipotético cuento ya nos demostró don Julio Puyol que era una glosa jurídica que Accursio, al parecer, puso por vez primera en circulación y que pudo ser origen de la versión del Arcipreste de Hita. Pero, además, fue publicada una y otra vez, durante el siglo XVI, en el *Vocabularium utriusque iuris* de Antonio de Nebrija (1591)<sup>1</sup>.

Que un poeta vaticine el futuro es cosa normal, está ínsito en su ser, pero que un crítico vaticine el pasado sin tener conocimiento de él es un lapsus lingüístico, una errónea interpretación o una afortunada intuición. En el caso que nos ocupa, don Jesús Suárez López (1998: 175-176) incluye el Tipo 924: Disputa teológica, y contempla un único «tratamiento literario al Arcipreste de Hita, *L. de B. A.*, 54-64», que a todas luces pertenece a la Edad Media y no al Siglo de Oro. ¿Es un error disculpable? o ¿es una intuición prodigiosa? Creo que esto último porque, como veremos, durante el Siglo de Oro circuló una versión en castellano y otra —por lo menos— en latín. Por tanto, aunque trastocara las épocas por mor del conocimiento atractivo de Juan Ruiz, dio en el clavo oportunísimamente.

---

<sup>1</sup> Para las múltiples ediciones cfr. Simón (1965, III, II, n.º 5939: 378). Hay traducción en Beltrán (1977: 73-74).

El Tipo 924 se define: Discusión mediante el lenguaje de signos, y consta de un solo motivo H 607.2.1.: Docto profesor examina a otro profesor por signos. Ambos aspectos coinciden, pues, en que son diálogo por signos y el tema en su apariencia —original al parecer— jurídica, es simplemente una discusión de teología elemental, bajo ropajes, escenario y lugar grandilocuente que puede justificar la forma popular y, simultáneamente, la universitaria medieval, es decir, las escuelas episcopales o las incipientes universidades.

En ellas se impartía su doctrina a los clérigos, pero los frailes con harta frecuencia estaban sujetos a la ley de la *taciturnitate*, o del silencio, porque «*taciturnitas virtutes plurimas nutrit*», por lo cual se desarrolló desde antiguo un lenguaje mudo, de signos digitales, y se definía así: *linguosi digiti, loquacissimae manus*; que el Venerable Beda recuerda como: *loquela per signum digitorum*, y con frecuencia se nos recuerda que los monjes *loquantur digito* y aun *loquitur signa per notas*, y de ello nos hablan Bernardo de Cluny, Ulric y Guillermo d'Hirsam en el siglo XI. Nuestro Juan Ruiz nos recordará que dialogan por *señas de letrado*, con lo que justifica y corrobora el sentido escolar y universitario.

Signos con harta frecuencia polisémicos: pasar el dedo por el entrecejo podía significar, según el tema de conversación: trucha, mujer o la Virgen María; y así, en Cluny existían 35 signos relativos a la alimentación, 37 a las personas, 22 a los vestidos, 20 a los oficios... Pero como cada orden monástica tenía sus propios signos, no es extraño que hubiese incomprendibilidad entre ellos<sup>2</sup>.

La versión de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, se singulariza por varios elementos.

La causa: los romanos necesitan las leyes griegas; los protagonistas: un sabio griego y un ribaldo (pícaro) romano; por las vestiduras: el sabio vestido de doctoral y el ribaldo disfrazado lujosamente para dar el pego; el lugar: un cadalso o tablado (que anticipa el púlpito asturiano); se justifica perfecta y exclusivamente el tercer dedo de la primera respuesta: si me sacas un ojo, yo te sacaré los dos y con el pulgar te romperé los dientes. Es la versión más artística e inicia la intencionalidad: el doble sentido o anfibología de las palabras y ... del libro.

Todo ello, pues, tiene el carácter farsesco de una disputa teológica escolar, con el consiguiente error de situar en el comienzo de la República romana —medio milenio anterior al nacimiento de Cristo— una disputa teológica cristiana. No es, pues, extraño que en algún caso aparezca bajo forma teatral: Hans de Rosemblut (en la Alemania del siglo XV).

<sup>2</sup> Deyermond (1970: 58-59) cita a G. Van Rijnbert (1954) y a M. Martins (1958).

Aclarados, pues, y justificados el motivo y tipo, hagamos constar que, al parecer, hasta ahora solo hay dos versiones hispánicas. Pero sería una falsa apreciación, pues la inestimable ayuda del sapientísimo don Julio Camarena me ha iluminado el camino con varias versiones que, gracias a su generosidad, he conseguido.

Dejemos los recuerdos de Julio Puyol sobre León y de Cejador, y hagamos constar que la antigua versión hispánica, el Arcipreste de Hita, pudo ser conocida hasta el S. XV, como nos recuerdan el *Cancionero de Baena*, Lope García de Salazar y *La Celestina*, por lo menos. Después es muy difícil pensar en un conocimiento directo o, al menos, no hay ninguna prueba de su difusión, aunque sí la posible fuente, el *Iuris Civilis Lexicon*, de Antonio de Nebrija, ahora en manos de los estudiantes de Derecho que, en sus bromas y cuentos, se repetiría en más de una ocasión la anécdota y que, sin duda, pasó a la lengua común, vulgar, castellano o español. Y aquí es donde se inserta la profesión o adivinación de Suárez López. No me refiero al texto latino, no, sino al de un profesor aragonés que estudió y explicó a Nebrija: Jerónimo de Mondragón quien, en su *Censura de la locura humana* (1598, II, cap. 29, fols. 61-62), incluye esta versión:

Escríbese en la Glosa de la Ley Segunda, del Título del Principio del derecho en El Digesto, que como los romanos, después de haber echado de Roma los Reyes, y cuantas leyes aquellos les habían dado, por la bellaquería que cometió el hijo de Tarquinio contra Lucrecia, pidiessen a los griegos athenienses, les quisiessen dar la Ley de las Doze Tablas, los athenienses enviaron a Roma uno de sus Sabios, para ver y hazer experiencia, si se les podía conceder lo que pedían por cuanto hasta allí, los habían tenido, y aun tenían, por gente bárbara y de poco modo. Lo que entendido por los romanos, buscaron de presto y con mucho secreto un loco, y vistiéndolo de ropas al propósito, hizieron que saliese a disputar con el Sabio atheniense, a fin de que si el loco vencía, quedasse por ellos la victoria; y si no, que pudiesen dezir que, el que había disputado con el griego era loco; porque los griegos no se pudiesen reir ni burlar dellos.

Estando, pues, cada cual en su puesto, habiendo determinado el atheniense disputar por señas, alçó en alto el dedo índice: queriendo con ello dar a entender que no hay más que un solo Dios; pero el loco romano, pareciéndole que el otro le había amenazado de sacarle un ojo, alçó de presto el índice y el de en medio, y con ellos, inadvertidamente como suele acaecer, el pulgar; queriendo dezir al griego que si tal imaginaba, él le sacaría los dos.

El griego entonces, no pensando a qué intento hacía aquello el romano, entendió, que quiso declarar, que también Dios es trino en personas. Para significar assí mesmo que a Dios nada le es encubierto, antes bien quanto hay manifiesto y claro, levantó la mano abierta.

Creyendo de la propia suerte el loco que el griego le hazía señal de darle alguna bofetada, cerró de presto la suya y alçóla, queriendo que el otro entendiesse, que si lo tal intentaba, no se iría libre de la siella; porque le daría otra mejor puñada. Más el griego, persuadiéndose que el Romano había hecho aquello para denotar

que Dios tiene el Mundo en el puño, o que los sus divinos juicios y secretos, son muy ocultos y ininvestigables.

Maravillado del profundo saber de aquel hombre, que assí le había entendido y sabido responder a todo, juzgó a los romanos por muy sabios y dignos de mucho más de lo que pidían.

Observamos que es una narración corta que nos da la fuente jurídica del suceso, pero de nuevo con un fondo de teología elemental, que justifica la necesidad de las leyes para una República nueva, que sustituye una corrupta monarquía que dio lugar al escándalo de la violación y suicidio de Lucrecia por Tarquino.

Solo hay dos preguntas y otras tantas respuestas o supuestas contestaciones, lo cual la afilia al grupo de la versión de Juan Ruiz; se diferencia en que el *pulgar*, en la primera respuesta gestual, no tiene función real y da lugar a la confusión con la Trinidad.

Pero no para aquí la presencia de nuestro cuentecillo. Tenemos que dar un salto temporal amplio en que, sin duda, vivió soterraño. Sabemos de la existencia de versiones europeas de los siglos XV y XVI en alemán, fue transformada prodigiosamente por Rabelais<sup>3</sup>, y aún otras latinas e italianas, con ligeras diferencias.

En cuanto a versiones españolas, tenemos que dar un salto de tres siglos: en 1862, Rafael Boira publica la segunda edición de su *Libro de los chistes*<sup>4</sup>. La causa es una discusión pueblerina entre un teólogo capuchino y el tío Ostaquio, analfabeto, que le desafía a que en una controversia por señas es capaz de vencerle. Se caracteriza no sólo por la vulgaridad expresiva del tío Ostaquio, lógica en el medio ambiente en que se desarrolla, sino también porque hay una pregunta más, ahora son tres.

Esta tercera pregunta: la manzana, y su respuesta: el pan, singulariza la versión emparentada con la francesa del siglo XIII de Beroaldo de Belville (Lecoy 1938: 164-168 y 365-368). Pero, además, tiene otro carácter que la hace singular. El buen capuchino, que interroga en teólogo, es incapaz de vencer al palurdo y se confiesa vencido. Algo que no ha ocurrido en las versiones anteriores.

Antes de analizar el cuento asturiano de Suárez, veamos uno gallego: «O estudante e os frades», recogido por Carré Alvarellos (1968, n.º 29: 111-113).

<sup>3</sup> F. Rabelais (1950), *Plantagines*, cap. XIX y Tercer Libro, cap. XX.

<sup>4</sup> Tomo III: 147-150. Los extremos se tocan.

INTRODUCCIÓN	A) — Un sopista pide albergue en un monasterio — Es bien acogido y alimentado — Los frailes están tristes porque tienen que defender un pleito por sus tierras ante el Arzobispo — La defensa es por señas (¿de letrado?), el Abad teme perder — El estudiante se ofrece a sustituirle como defensor y le disfrazan de fraile para disputar ante frailes, clérigos y obispos. B) — Comienza el juicio, sentados los contendientes en los extremos de una mesa
DISPUTA TEOLÓGICA	— 1 dedo: un solo Dios — 2 dedos: Padre e Hijo — 3 dedos: la Trinidad — El puño: todo lo tiene en su mano — La manzana: Dios vino al mundo — El pan: nos dejó su cuerpo

El Abad hospedero se queda sorprendido de la victoria e inquiera del estudiante la versión. ¿Es la misma de los frailes sus compañeros? No: me amenazó con darme 1 palo y yo con 2; él con 3, yo con el Puño; él me amenazó con una Manzana, yo, como era viejo, le ofrecí un mollete. La conclusión del incrédulo Abad es toda una lección de humildad:

— A sí vos son as cousas todas deste mundo. Non sempre os mais listos son a sair con ben, moitas veces poden mais os atrevidos

Observamos dos partes bien delimitadas: I. Introducción que, a su vez, se subdivide en A) llegada del estudiante y B) sustituto del Abad. II. Disputa teológica.

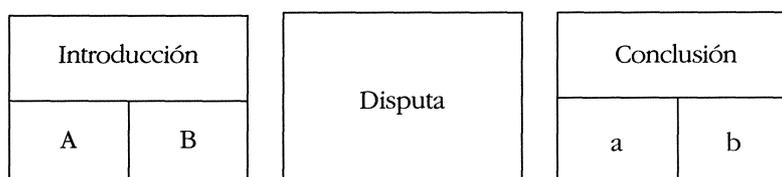
La introducción nos presenta al estudiante agradecido, curioso y servicial. Quiere ayudar a sus huéspedes. El santo Abad está convencido de que no podrá defenderse y les depojarán de sus tierras, aunque con el disfraz el estudiante astuto, malicioso e ignorante haya una posibilidad.

Pero esta introducción es un motivo bien conocido: H 561.2: El Rey y el Abad. La sustitución del Abad por el estudiante, su desarrollo, da lugar al Tipo 922: El Rey y el Abad, que fue estudiado por Anderson.

En cuanto a la disputa teológica, tiene una motivación diferente: el pleito por unas posesiones. Hemos derivado de la concesión de las leyes (Arcipreste de Hita y Jerónimo de Mondragón) a una vulgar discusión palabrera entre un sabio teólogo y un necio analfabeto, el tío Ostaquio (Boira), aquí la defensa de unas posesiones controvertidas.

Observamos que forma grupo con la versión de R. Boira, aunque difiere en cuanto a la significación de la manzana; si allí era el pecado, aquí es un *Dios vino al mundo*; y el pan no es el eucarístico, sino la bondad del malicioso para con el viejo prior contendiente.

Por otro lado, además de la Introducción y el Pleito, tenemos las dos explicaciones: a) teológica y b) burlesca, seguidas de la filosófica del buen Abad, que no sabe descender al necio mundo de los signos. La estructura, pues, es francamente artística:



Es, digámoslo de una vez, un hermoso relato en que la reflexión del Abad desborda de sabiduría y comprensión del mundo. Sin duda, es una versión popular en prosa de exquisita factura, tanto quizá como la del Mester de Clerecía, de Juan Ruiz.

Y llegamos así a la versión que ha motivado esta nota; es un breve cuento oral recogido por Jesús Suárez, que tiene unas características especiales. La versión recogida por Suárez, aunque puede agruparse con estas dos versiones anteriores, es la culminación de la deturpación, el vulgarismo y la brevedad. Los protagonistas son dos jugadores empedernidos que desatienden sus obligaciones: el Cura y el Herrero, embrutecidos por el ambiente; no se justifica la sustitución Cura-Herrero, como tampoco que un Obispo descienda a examinarle por señas y, más aún, en sendos púlpitos. La incongruencia y degeneración, incluso lingüística, parece descender del cuento gallego, pero solo por la presencia episcopal.

Hagamos, pues, unas reflexiones conclusivas:

Los lugares donde se celebra la vista señalícea nos lleva con harta frecuencia a un aspecto o religioso o jurídico. Aunque la más antigua versión nos instruya sobre la adquisición de las leyes romanas en un lugar público (la plaza), el grupo más numeroso de versiones se realiza en un espacio religioso. Quizá la causa se deba al lugar donde se generó el sistema lingüístico: las señales.

La causa es, pues, fundamentalmente conventual: disputa por predios en que se han empleado, al parecer, mucho tiempo y palabras, y las autoridades es posible que estén hartas de tanta charlatanería, dado el sistema conventual de silencio y por eso hayan decidido disputar por señas. Así, son

pleitos conventuales los que narran Carré (1968) y los *Arlotadas* (San Cristóbal y Basaña 1992): dan la impresión como si éste dependiera de aquél, mejor estructurado y organizado porque ha puesto en primer lugar (la manzana) lo que siempre es la última en las otras versiones de su grupo.

En este aspecto hay otros dos subgrupos: a) el meramente eclesial: es tanto el tiempo que lleva el sacerdote en su puesto que, al recibir ahora la visita episcopal (o del vicario), teme ser suspendido en sus funciones y lo comunica a su mejor amigo, que defenderá con éxito: Argentina 2372, 2373, 2374, 2375, 2376 (Vidal de Battini 1980-1984, IX: 95-111), y aun en los conventuales sucede así: Carré (1968), *Arlotadas* (San Cristóbal y Basaña 1992. Arlote predicador: 47-49), pero aún más, en Oviedo (Fernández Insuela 1999. Discusión por señas, n.º 2: 457-460), la Sierra de Francia (Puerto 1990, n.º 156: 188) y Andalucía (Rasmussen 1994, n.º 35: 162-165), e incluso, hay otro caso más: el misionero que no habla. Otros dos lugares de localización, extravagantes, pues, son el palacio (Ibn Assim, 1354-1426, en Menéndez Pidal 1953: 172-173) y la plaza pública y –curiosamente— por un problema comunal: la constitución del gobierno del ayuntamiento (Alcover 1975. Es moro i es cristiá: 99-101) y por caso especial entre cristianos y musulmanes.

Es curioso que su origen jurídico no se refleje más que en la forma y no en la adopción de *la Ley*.

El protagonista es un caso singular, característico de la literatura oral: el tonto listo o pícaro. Puede llamarse Goha, Yeha, Til Eullen Spiegel, Amaro Laje o cualquier otro individuo que, cimbreándose en la cuerda floja de la inteligencia y el amor o la amistad, se expone con decisión siendo: un estudiantón, un lechero, un zapatero, un compadre o un fraile motilón, para salvar a un amigo y, a veces, a toda una comunidad y aún obtener con sinceridad necesaria una esposa.

Hay dos o tres casos tan extraordinarios que necesitan un comentario especial, teniendo en cuenta que un buen grupo de estos cuentos están contaminados con un motivo y tipo significativo, la sustitución del protagonista por otra persona que el Tipo del Rey y el Abad.

Pero hay tres cuentos que son verdaderamente un prodigio de contaminación: el cuento argentino 2375 (Vidal de Battini 1980-1984, IX), en el cual un Rey plantea una adivinanza que quien decida resolverla se juegue la vida: es un motivo arcaico que encontramos en el *Libro de Apolonio*, motivos H 511, H 337, pero sin la connotación incestuosa. El segundo motivo es el desafío que impone una dama para quien la pretenda. Habrá de luchar dialécticamente con otro pretendiente, el vencedor se casará con ella. Es un motivo que ya encontramos en la novelita mudéjar *Almicded y Almayesa*, pero con la particularidad que tiene que luchar con ella con las armas: es una doncella guerrera, como corresponde al recuerdo musulmán del *Sirat Antar* y es el motivo

(T 111.0.1.1) H 332.1.1 y H 345. El tercer motivo es el del predicador que impone una condición para que le oigan: estar en gracia y no en pecado mortal. Es el motivo K 445 (Tipo 1620) que en el *exemplo* XXXII del príncipe don Juan Manuel exige la condición de ser hijo legítimo y en el *Retablo de las maravillas* de Cervantes, no tener padres moros o judíos.

Estas contaminaciones son absolutamente naturales, constantes y frecuentísimas en dos tipos de narradores: los que dudan al comenzar la narración y se aproximan al cuento más frecuente o conocido y los que saben llamar la atención de los oyentes, buscando atraerlos.

Ya vimos también una variante curiosa y llamativa: comenzar por mostrar una manzana, la variante de una *uva* será también muy significativa, como veremos. Asimismo, la versión árabe del granadino Ibn Assim se distingue porque será una aceituna y la respuesta un huevo, lo que culmina la disputa.

El aspecto más llamativo es la disputa, siempre teológica, pero con una doble vertiente: la docencia elemental de la religión y el realismo grotesco y escatológico. El primero, en el interlocutor culto y, el segundo, en simple, necio o astuto.

En las variantes tenemos que distinguir, en principio, una división general:

- I. Dos preguntas y las correspondientes respuestas. Esta primera serie en las versiones hispánicas es la existente en las versiones más antiguas: siglos XIV al XVI (Arcipreste de Hita, Antonio Nebrija y Jerónimo de Mondragón).
- II. Tres preguntas y las correspondientes respuestas que, procediendo de una versión extranjera —al parecer—, se difunde con mayor intensidad —al menos en las versiones por nosotros conocidas— que la I.

Comienza siempre el cuento con estas dos preguntas, levanta un dedo y tres dedos. Las preguntas hacen siempre relación con la teología elemental: un solo Dios, Tres Personas (la Trinidad).

Pero en las versiones más extensas incluyen una tercera ¿pregunta?, pues muestra una manzana que puede tener varias significaciones: a) signo del pecado original, b) procedemos de Adán y Eva, y c) expulsión del Paraíso. Hay una variante en la Argentina: en lugar de una manzana es una uva —variante valiente, quizá culta, pero muy significativa—, origen del vino que, consagrado, es la Sangre de Cristo; parte, pues, de la Eucaristía.

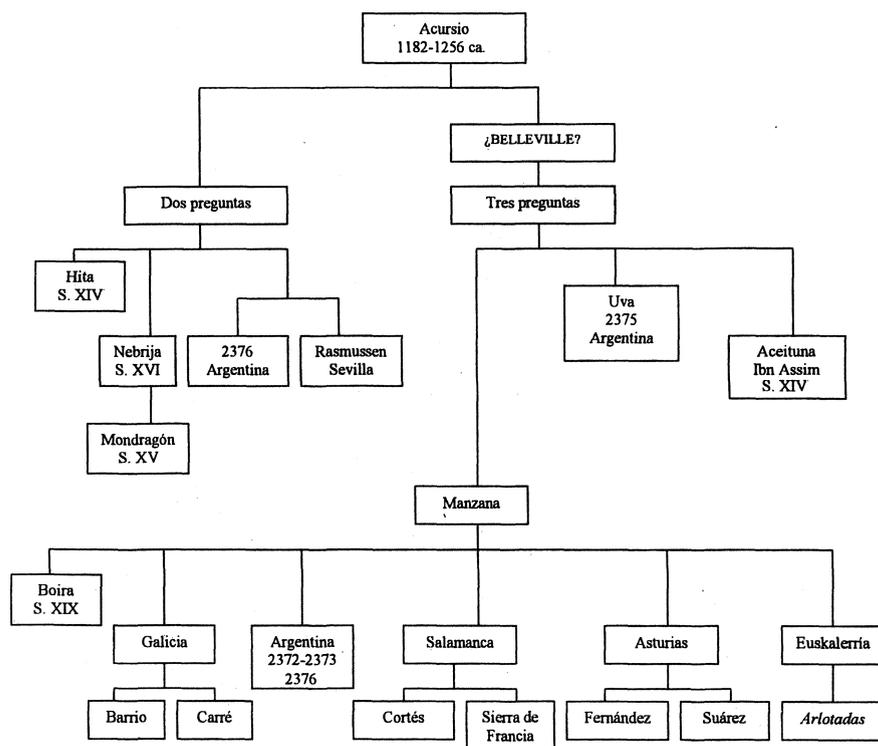
Las preguntas son, pues, sensatas en el hombre sensato, pero las respuestas sígnicas en el hombre necio tienen también, según el inteligente, la misma sensatez e intención teológica:

dos dedos: dos personas  
el puño: un solo Dios.

Por eso, en las versiones del grupo I la conclusión, *el juicio* (o la palma de la mano) tienen la misma intención que *el pan* en el grupo II: la exaltación de la divinidad conforme a su intención más antigua.

Las respuestas y contestaciones signícas por parte del tonto son siempre, aun cuando se utilicen eufemismos —las menos veces—, escatológicas y se refieren al culo: meter uno, dos, tres dedos, la palma o el puño tendrán ese destino. Estamos, pues, en lo que Bajtin llama realismo grotesco en su estudio sobre Rabelais (Bajtin 1974: 23), que también refiere un par de veces este juicio más o menos —más bien menos— ajustado a las versiones tradicionales. Lo más importante es, precisamente, la cosmovisión: el mundo al revés, porque no es ni lo justo, ni lo cierto, ni la verdad de los que triunfan, es lo carnalesco y sucio, aun en los casos más limpios como es la consecución de una esposa.

Debemos recordar aquellas versiones hipotéticas que citan J. Puyol (León) y M. R. Lida (Navarra), que no hemos visto, y algunas otras de cuya existencia tenemos noticia, pero que no hemos utilizado y podrán incluirse en este esquema resumen:



No creo que se deba a la popularidad de este cuento, pero es indudable que parece existir cierta relación entre su difusión y esta anécdota sevillana del siglo XVII que caracteriza a los españoles:

Refieren de un gran Turco a quien dixo un Baxá privado suyo que mirase como se servía de los Españoles, porque era gente que sin palabras se hablava i entendía. No creyéndole el Turco, traxeron para experimentarlo dos cautivos, i pusieronlos fronteros entre sí, pero bien apartados. Cuidadosos ellos de aquella novedad, miráronse, i el uno hizo señas al otro arrugando la frente i meneando algo la cabeza, a que respondió el otro con encoger los hombros. El Baxá, que los mirava con atención, dixo:

—Gran Señor, ya estos se han hablado, mándales que declaren lo que han dicho. Mandóselo, i dixo el primero que había preguntao al otro que para qué los habían traído allí, i el segundo dixo que le había respondido que no lo sabía, de lo cual quedó al gran Turco muy maravillado.

(Robles 1992, Diálogo I: 70).

Hemos estudiado algunas versiones pero, para mayor claridad, incluimos otras tres, dos populares y una culta nazarí:

#### DISPUTA POR SEÑAS

Un rey musulmán, noticioso de que su vecino el emperador de Bizancio quería invadirle el reino, decidió enviarle un mensajero que solicitara la paz. Para la elección del portador de la embajada consultó a sus visires y dignatarios más ilustres, pero mientras que los distintos consejeros le designaban ya a uno ya a otro de los más nobles y famosos caballeros de la corte, uno de ellos guardó silencio. El rey se dirigió entonces a él y le dijo:

—¿Por qué callas?

—Porque no creo que debas enviar a ninguno de los que te han aconsejado —respondió.

El monarca interrogó de nuevo:

—¿Pues a quién crees que debemos enviar?

—A fulano —y mencionó a un hombre oscuro, sin nobleza ni elocuencia.

El rey, colérico en extremo, le gritó:

—¿Pretendes burlarte de mí en un asunto de tanta importancia?

El consejero respondió:

—¡Alah me guarde de ello, mi señor! Tú lo que deseas es enviar a una persona que alcance éxito en la embajada y por esto, yo, después de haber reflexionado mucho, creo que sólo éste que te he nombrado lograría lo que deseas, pues es un hombre de muy buena estrella y todos los asuntos que le encomendaste los solucionó con éxito y sin necesidad de elocuencia, ni nobleza, ni valor.

El rey, convencido, dijo:

—Dices verdad —y encargó a aquel hombre oscuro la alta misión y le envió a Bizancio.

Enterado el Emperador cristiano de que venía hacia él un embajador, dijo a sus dignatarios:

—Sin duda este embajador que viene a verme será el más ilustre y grande de todos los musulmanes. Sabed que cuando venga le haré entrar a mi presencia antes de aposentarle y le dirigiré varias preguntas; si me contesta sabiamente, le aposentaré y asentaré a sus peticiones; pero si no me comprende, le expulsaré sin solucionar su embajada.

Cuando llegó el mensajero, fue llevado a presencia del Emperador, y una vez que cambiaron los saludos, señaló el Emperador con un solo dedo hacia el cielo; y el musulmán señaló hacia el cielo y la tierra. Indicó entonces el cristiano con su dedo en dirección a la cara del musulmán; y éste señaló con dos dedos hacia el rostro del Emperador. Por último, el cristiano le mostró una *aceituna* y el embajador le enseñó un huevo. Después de esto el Emperador se sintió satisfecho y solucionó el asunto a satisfacción del musulmán, tras haberle colmado de honores.

Preguntaron sus dignatarios al Emperador:

—¿Qué le dijiste y por qué accediste a sus peticiones?

Y él respondió:

—¡No ví jamás un hombre tan entendido y agudo como él: yo le señalé el cielo diciéndole: «Alah es uno en los cielos»; y él me señaló hacia el cielo y la tierra, diciéndome: «Pero Él está en los cielos y en la tierra». Después señalé hacia él con un dedo, diciéndole: «Todos los hombres que ves tienen un origen único»; y él me señaló con dos dedos para decirme: «Su origen es doble: descenden de Adán y Eva». Luego le mostré una aceituna, diciéndole: «Contempla la admirable naturaleza de esto»; y él me tendió un huevo como diciendo: «La naturaleza de éste es más admirable, pues de él sale un animal». Y por esto le solucioné el asunto.

Habiendo preguntado al musulmán de buena estrella qué le dijo el Emperador durante su entrevista, dijo:

—¡Por Alah! ¡No ví jamás un hombre tan tardo ni tan ignorante como aquel cristiano! Al momento de mi llegada me dijo «Con un solo dedo, te levanto así»; y le repliqué: «Yo te levanto con un dedo y te tiro contra tierra, así». Entonces me dijo: «Te sacaré un ojo con este dedo, así»; y le respondí: «Yo te sacaré dos con mis dedos, así». Y tras esto dijo: «Solo podría darte esta aceituna, que es lo único que me quedó de mi comida». Yo le contesté: «¡Oh desgraciado! Estoy mejor que tú, pues aún me queda un huevo después de mi comida». Se asustó de mí, y solucionó rápidamente mi asunto.

Ibn Asim de Granada (S. XIV).

#### LAS SEÑAS DEL REY

Que había un rey que había ofrecido una gran cantidad de plata al que adivinara unas señas qu'él hacía, y al que no adivinara lu hacía matar.

Vinieron personas de todas partes y nadie adivinaba. Había un tonto que vivía con su madre, y un día que le dijo:

—Mama, ¿a que adivino yo las señas del Rey?

—No, h'hijo; usted tan tonto, ¿qué va a adivinar!

—Sí, mama, hágame una torta que voy pal palacio del Rey. ¡Ya va a ver! Le voy a traer una carta 'e plata.

Y que jue el tonto y se presentó al palacio. Y entonce el Rey dijo que lo dejaran entrar. Y el tonto entró. Entonce el Rey sacó una uva y se puso a comer. Y el

tonto sacó un pedazo de torta y se puso a comer él también, porque no tenía más. Y entonces el Rey levantó un dedo, y el tonto levantó dos dedos. Después el Rey levantó tres dedos, y el tonto levantó el puño entero. Y entonces el Rey le dijo: —Me has ganau.

Le pidieron explicación al Rey. Entonces el Rey les dijo que él comía uva, que representaba la sangre de Jesucristo, y el tonto que comió la torta, que era el cuerpo de Jesucristo. Que cuando levantó un dedo, que dijo el Rey qu'era porque había un solo Dios, y que el tonto levantó dos, para decir que había dos. Y que el Rey que dijo qu'él levantó tres porque eran tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y que el tonto cerró el puño porque los tres eran personas distintas y un solo Dios verdadero.

Y entonces el tonto se fue a su casa muy contento con la carga 'e plata que le había ganau al Rey. y que la madre le preguntó que qué le dijo el Rey. Y el tonto que le dijo:

—El Rey sacó *uva* pa comer y yo saqué la torta porque no tenía más, y la seguí comiendo. Después el Rey me dijo que m'iba a meter un dedo en el trasero y yo le dije que l'iba a meter dos. Él dijo que m'iba a meter tres dedos y yo le dije que l'iba a meter toda la mano.

Y la vieja pasó un gran apuro, y pensaba que cómo se había salvado su hijo, tan inocente. ¡También, si le malicia el Rey las cosas del tonto, lo mata!

Y así el tonto vivió muchos años muy rico con su madre. Y se acabó.

(Vidal de Battini 1980-1984).

#### EL SERMÓN DEL FRAILE

Dice que era una vez un fraile que estaba a punto de ... que tenía que predicar un sermón por señas. Y no sabía y estaba to apurao. Entonces entró en la cocina y le dice el cocinero:

—Yo voy y te lo digo.

Entonces fue el prior y le puso un dedo. Y el fraile pues dice que le puso dos dedos. Entonces fue el prior y le puso tres. Y el fraile fue y le puso la mano entera. El prior le puso una manzana. Entonces fue el fraile y le puso un trozo de pan, que metió la mano en el bolso y se dio cuenta, a ver qué tenía y salió un cacho de pan y se lo enseñó al prior.

Entonces el fraile fue pal convento. Y le dice:

—¿Qué te parece qué sermón ha sido? Me dijo que me metía un deo por el culo, entonces yo le dije que le metía dos. Él me dijo que tres, pues yo que la mano entera, cinco. Y me sacó una manzana, pensaría que tenía hambre; entonces yo fui y le saqué un cacho de pan. Y estuvo bien el sermón.

Ahora el prior entró y dice:

—Qué buen sermón me ha dicho. Me lo ha interpretao mu bien. Yo le dije que había un solo Dios verdadero y él me dijo que había dos: Padre e Hijo. Y yo le dije que había Tres Personas distintas, y él me enseñó la mano, que era una mano poderosa. Entonces yo le saqué una *manzana*, de la que pecó Adán y Eva, y él me sacó un trozo de pan, el de la Eucaristía.

Y interpretaron los dos el sermón de esa manera.

(Puerto 1990).

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALCOVER, ANTONI M.<sup>a</sup>. 1975. *Aplec de rondalles mallorquines*. Palma de Mallorca: Moll. T. XXII.
- BAJTIN, MIJAIL. 1974. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Barcelona: Barral.
- BELTRÁN, LUIS. 1977. *Razones de Buen Amor*. Madrid: Fundación Juan March-Ed. Castalia.
- BOIRA, RAFAEL. 1862. *Libro de los Cuentos*. Madrid.
- CARRÉ ALVARELLOS, LUIS. 1968. *Contos populares da Galiza*. Porto: Museu de Etnografía e Historia.
- CEJADOR Y FRAUCA, JULIO (ed.). 1913. *Libro de Buen Amor*. Edición y notas. Madrid: La Lectura. Clásicos Castellanos.
- DEYERMOND, ALAN. 1970. «Some Aspects of Parody in the L. de B. A.», en *Libro de Buen Amor Studies*. Londres: Tamesis.
- FERNÁNDEZ INSUELA, ANTONIO. 1999. «Elementos tradicionales y clásicos en un manuscrito de 1811». *Corona Spina. In memoriam C. Rodríguez Alonso*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- LECOY, FÉLIX. 1938. *Recherches sur le Libro de Buen Amor*. París: Droz.
- LIDA, MARÍA ROSA (ed.). 1941. *Libro de Buen Amor*. Selección, edición, estudio y notas. Buenos Aires: Losada.
- . 1976. *El cuento popular y otros ensayos*. Buenos Aires: Losada. 2ª ed.
- MARTINS, MARIO. 1958 [1960]. «Libros de Sinais dos cistercienses portugueses». *Boletini de Filologia*: 293-357.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN. 1953. *Antología de cuentos de la literatura universal*. Barcelona: Labor.
- MONDRAGÓN, HIERÓNIMO DE. 1598. *Censura de la locura humana*. Lérida: Antonio de Robles.
- NEBRIJA, ANTONIO DE. 1591. *Vocabularium utriusque iuris*. Lugduni.
- PUERTO, JOSÉ LUIS. 1990. *Cuentos de tradición oral en la Sierra de Francia*. Salamanca: Diputación Provincial.
- PUYOL, JULIO. 1906. *El Arcipreste de Hita. Estudio crítico*. Madrid: Minuesa.
- RABELAIS, FRANÇOIS. 1950. *Oeuvres Complètes*. París: La Pléiade.
- RASMUSSEN, PAUL. 1994. «Cuentos populares andaluces de María Ceballos». *Sociolingüística* 9.
- RIJNBEEK, GÉRARD VAN. 1954. *Le langage par signes chez les moines*. Amsterdam.
- ROBLES, JUAN DE. 1992. *El culto sevillano*. Ed. de A. Gómez Camacho. Sevilla: Universidad de Sevilla. Serie Filosofía y Letras, n.º 144.
- SAN CRISTÓBAL, ALBERTO y JESÚS BASAÑEZ. 1992. *Arlotadas. Cuentos y sucedidos vascos*. Bilbao: Ekin.
- SIMÓN DÍAZ, JOSÉ. 1965. *Bibliografía de la literatura hispánica*. Madrid: CSIC.
- SUÁREZ, JESÚS. 1998. *Cuentos del Siglo de Oro en la tradición oral de Asturias*. Gijón: Museo del Pueblo de Asturias.
- VIDAL DE BATTINI, BERTA ELENA. 1980-1984. *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas. T. IX.